

ANONOSTONADO

Propaganda gratuita de
buenas lecturas para
el pueblo.

EL PORQUÉ

DE

LA RELIGION

I

ENERO — 1892

BL48

P67

1892

c.1

Guillermo Herrera y Compañía, Libreros-Editores. — Méjico.

BL48

P67

1892

C.1



1080024728



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID

IMP. DE LA SOC. EDIT. DE SAN FRANCISCO DE SALES
Flor Baja, 22.—Teléfono 3181.

1892

EL APOSTOLADO DE LA PRENSA

I

(TERCERA EDICIÓN)

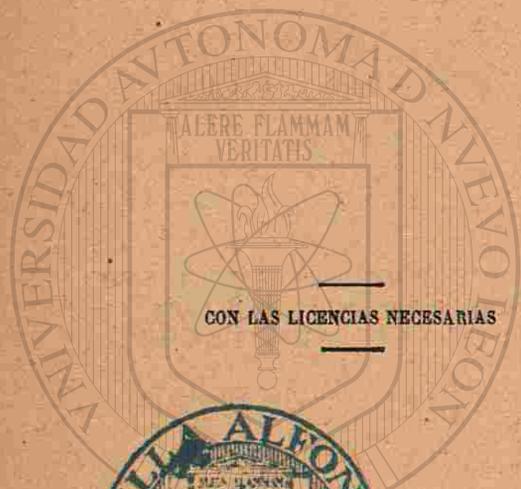
EL

PORQUÉ DE LA RELIGIÓN



®

BL 48
R67
692



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

125262



AL LECTOR AMIGO O ENEMIGO

LEGA á tus manos, lector curioso, que lo serás de fijo, este librejo como llegarán otros del mismo corte y estilo, con la rara casualidad de que el libro te ha buscado á ti, al revés de lo que suele suceder, y con la más rara aún de que te busca y se te entra por las puertas sin que te pida los cuartos; que estos libros se dan y no se venden. ¡Libros más raros, curiosos, y sobre todo baratos, no se han visto desde que existen letras en el mundo!

Tú, que la echarás, y con razón, de listo y de ladino, al ver tan inusitada generosidad habrás dicho para tu blusa, chaqueta, capote ó lo que gastes: ¡Aquí debe haber una mano oculta! Claro que sí. La mano oculta del que por ilustrarte y enseñarte lo que ignoras y saber debías, paga el libro y sus accesorios; porque aún, por desdicha, no hemos progresado tanto que los libros luevan desde el cielo, ni te los regalen por tu bella cara papeleros é impresores. ®

4

Hay, pues, y lo confesamos sin miedo á la policía secreta, una mano oculta: no la temas. Es una mano oculta que da, al revés de tantas manos ocultas y manifiestas que piden, ó algo más; y como esa mano anónima debía llamarse de algún modo, ha querido bautizarse á sí propia con el nombre de *Apostolado de la Prensa*.

Y al oír eso de *Apostolado*, lector benévolo, no fuerzas el gesto ni me frunzas el ceño, ni te figures que este libro, que quiere ser tu amigo del alma, viene con sus sermones y beaterías á meterte en los quintos infiernos; que no viene sino á sacarte de ellos, porque, prescindiendo de otros, un infierno pareceme que traes tú en el corazón con sus pasiones, y otro en tu cabeza con sus enrevesadas y tenebrosas ideas.

Por otra parte, ¿por qué te alarmas al oír hablar de *Apostolados*? Pues qué, ¿hoy no abundan los apóstoles más que el hambre y las contribuciones? ¿Y no oyes hablar de apóstoles de la idea.... apóstoles de la libertad.... apóstoles del socialismo...? Y desde San Pedro, que lo fué de veras, hasta el infatigable sacamuelas que hace abrir á la embaucada gente tamaña boca con su sempiterno cotorreo, ¿no son todos apóstoles? Sólo que, lector querido, la mayor parte de tales apóstoles lo son á lo Judas, que también lo fué, pero mal Apóstol y buen ladrón.

—¿Y qué quiere de mí, me dirás entre curioso y suspicaz, este nuevo *Apostolado*? ¿Engatusarme, como tantos otros, prome-

5

terme el oro y el moro, y al fin y á la postre engañarme, sacarme los cuartos y dejarme tan... sabio como estaba antes, con unos cuantos reales de menos en el bolsillo y unas cuantas mentiras más en la cabeza? No, escarmentado lector; este nuevo *Apostolado* nada te pide y nada te promete, y ya ves si somos francos: no pretende más que enseñarte cosas grandes, buenas, y sobre todo necesarias; que mira que, aunque estás en el siglo de las luces, andas tan á oscuras en lo más importante, que tal vez creas, por ejemplo, que sólo te diferencias de tu burro en que *por casualidad* tú andas en dos pies y comes pan, cuando lo tienes, y él gusta más de ir á cuatro patas, y prefiere la paja al pavo trufado. ¡Cuestión de gustos y nada más!

¿Y cómo te va á ilustrar? Por medio de la verdad. ¿Y dónde está, y qué es la verdad? Diras tú como Pilatos: si todos los que me hablan ó para mí escriben me vienen siempre con la misma cantilena. No te impacientes ni tengas tanta prisa. La verdad la verás por ti mismo si lees estos libritos; que para que veas la verdad te dió Dios ojos en la cara y sal en la mollera: para no dejarte embaucar por farsantes y saltimbancos, y para que sepas distinguir al Apóstol de la verdad del parlanchín de club y de plazuela, y al que busca tu bien temporal y eterno, de quien sólo pretende medrar á costa tuya.

Sólo te pedimos que leas. ¿Es mucho pedir? ¿Por qué? ¿Porque te hablaremos de

cosas buenas, y jamás te aconsejaremos que seas borracho, jugador, ladrón, incendiario, blasfemo ó lujurioso? Pues, ¿no eres tú de los que dicen que hay que saber de todo, lo cual, entre paréntesis, es insigne majadería, igual á decir que hay que comer de todo, veneno inclusive, ó si te parece mejor, paja y cebada? Quedamos en que sí vas á leer, pero sin prevenciones ni suspicacias, y ya verás cómo nos entendemos; y si deseas ver la verdad, la verás, si ya no eres tonto de remate, ó, lo que es todavía peor, ciego voluntario.

Una advertencia para ti, ¡oh pueblo querido!, y para todos. El *Apostolado de la Prensa* no es una asociación de solos escritores. En él caben desde la viejecita que sólo sabe rezar, hasta el sabio académico que quiera descender de sus alturas y escribir en lenguaje siempre digno pero popular, cosas buenas para el pueblo; no es tampoco asociación de ricos; que sin serlo se puede ayudar á llevar las doctrinas del bien y la verdad al pueblo hambriento de verdad y falta de luz; tampoco es una empresa. ¡Bonito negocio trabajar mucho y dar encima dinero!

—¿Qué es, pues, el tal Apostolado? Una reunión de personas de buena voluntad, de propagandistas cristianos que se limitarán, sobre todo, á difundir lo mucho y bueno que hay escrito, y tú quizá no conozcas, y á acomodar eso mismo, ¡oh amado lector!, á tu gusto y paladar, amigo de pimientas y de salsas picantes. Aquí se pondrán las que

se puedan, sin que dañen, por supuesto, á la salud.

Y como tampoco somos una Asociación de plagiarios que te queramos dar gato por liebre, ni darnos pisto de autores sin tener garbo para ello, desde ahora te advertimos que siempre que en justicia y según ley podamos, nos entraremos por libros ajenos como por casa propia, procurando decírtelo para que á cada uno se le dé lo que le corresponda.

Y aquí acábo con las siguientes reflexiones, que son demasiado buenas para ser mías. Fíjate en ellas, y sea el compendio de todo lo que á mí no se me ha ocurrido decirte. Te habla el libro que te regalamos como aguinaldo.

Puede que alguna vez, ¡oh lector!, te fastidies sin saber en qué matar el tiempo que te dejan libre tus ocupaciones, ó en la larga velada de invierno, ó en la pesada tarde de verano, ó en el día de mal humor, ó en las horas monótonas de viaje....

Oyeme, pues; para tales casos me ofrezco á ser tu amigo y á darte, si no sabia, á lo menos cariñosa y provechosísima conversación. Tráeme en el bolsillo aunque sea entre los fósforos y la petaca. Tenme en tu taller aunque sea revuelto entre las herramientas del oficio. Concédeme un rincón en tu hogar aunque sea entre los cacharros de la cocina. Y con tus amigos y tu familia riete de mí, y búrlate y críticame, y muérdeme y desuéllame.... con tal que me oigas.

Quizá un día, lector ó lectora, pobre ó rico, rudo ó sabio, niño ó viejo, quizá algún día... no te duela, sino que te alegre ó regocije el alma el que te haya hablado yo de lo que verás si me lees.



I

Un poquito de palique.

ESTÁ muy bien; ¡la Religión! Es una palabra muy bonita; pero, ¿qué quiere V. que haga yo con eso?

—Hombre, me alegro muchísimo de que hayas hecho esa pregunta, porque, ó no has de tener ni pizca de lógica, ó en Dios y en mi ánima te aseguro que no te has de escapar sin sacarle algún provecho á la preguntilla.

—Le aviso á V. que casualmente hoy estoy muy ocupado; conque hágame V. el favor de no predicarme sermoncitos, pues bastantes y muy sobrados tengo yo con los de mi suegra.

—Por fuerza tendrás muy graves ocupaciones, á pesar de ser día de los Santos Reyes; vamos, ¿qué es lo que tienes que hacer

Quizá un día, lector ó lectora, pobre ó rico, rudo ó sabio, niño ó viejo, quizá algún día... no te duela, sino que te alegre ó regocije el alma el que te haya hablado yo de lo que verás si me lees.



I

Un poquito de palique.

ESTÁ muy bien; ¡la Religión! Es una palabra muy bonita; pero, ¿qué quiere V. que haga yo con eso?

—Hombre, me alegro muchísimo de que hayas hecho esa pregunta, porque, ó no has de tener ni pizca de lógica, ó en Dios y en mi ánima te aseguro que no te has de escapar sin sacarle algún provecho á la preguntilla.

—Le aviso á V. que casualmente hoy estoy muy ocupado; conque hágame V. el favor de no predicarme sermoncitos, pues bastantes y muy sobrados tengo yo con los de mi suegra.

—Por fuerza tendrás muy graves ocupaciones, á pesar de ser día de los Santos Reyes; vamos, ¿qué es lo que tienes que hacer

—Cuando yo se lo digo á V., por algo será.

—Sí, sí; contéstame con evasivas y páños calientes entretanto que lo piensas.

—Y, ¿por qué lo he de ocultar? Mire V.: primero, voy á jugar con mi compadre Zacatripas la partidita de dominó que jugamos todos los días y fiestas de guardar; ¡ya se sabe!: el que pierde paga los cafés y las ocho tintas que nos bebemos....

—Pero, ¡hombre de Dios! ¿á tal extremo has llevado ya tu afición á la bebida que te riegas con tinta las entrañas?

—¡Ja, ja! ¡Tiene gracia! ¡Pues no está V. atrasado de noticias! Quien dice tinta, es lo mismo que si dijera un vasito de á cuarta, salva sea la parte, de Valdepeñas, ú otro que bien baile.

—¡Y bien que os bailará dentro del cuerpo! Lo peor es que luego hacéis no pocas veces que bailen á palos las pobrecitas mujeres, cuando volvéis á la casa, en vez de sacarlas, por ejemplo, á paseo por la tarde....

—¡Por la tarde! Si cuando acabamos la partidilla de dominó ya es de noche. ¿No ve V. que la echamos á dos mil tantos?

—¡Á dos mil tantos! Os tengo compasión; á buen seguro que desde el cafetín ó la taberna os marcharéis rendidos y deseosos ya de descansar de distracción tan fatigosa á la casita.

—Á descansar nos vamos, sí; pero no á la casita, sino al teatro. Todos estos días de fiesta pasados hemos ido á ver á *Don Juan Bodorrio*....

—*Don Juan Tenorio*, dirás.

—Eso rezan los carteles; pero yo he oído decir ó he leído, no sé si en *Las Dominicales*, que cuando D. Manuel Zorrilla le quitó á Calderón de la Barca ese drama para arreglarlo á nuestro escenario....

—Mira, mira; mejor es que dejemos esa especie; porque si he de rectificar todos los dislates que has ensartado.... Más vale que continúes.

—Pues bien: otras veces nos vamos á ver á *Margarita de Gorgoña*, que luego la ahorcan con su mismo pelo.

—Aunque la ahorquen como quieran, *Borgoña* querrás decir.

—Le confieso á V. ingenuamente que soy capaz de contarle á V. todas las argu-

mentaciones de las comedias que he visto ; pero, en tratándose de títulos, tengo una flaqueza de memoria.... ¡Pues no le digo á V. nada en materia de títulos de ópera ! Dos he visto únicamente en toda mi vida, y no le puedo dar á V. más señas de ellas sino que alzaban el telón ; música por arriba y por abajo ; mucho entrar y salir aquella gente, eso sí, de buen humor siempre, digo yo, porque, pasara lo que pasara, allí ninguno dejaba de cantar. Hasta se mueren cantando.

—¿Y qué óperas eran ésas?

—¡Ya lo va V. sabiendo ! ¿No oye V. que no he podido retener ningún título de esos extranjeros ? Lo único que le puedo á V. decir, es que entre las dos óperas componían un huevo.

—Entonces una de ellas se llamaría *Ga* y la otra *Llina*.

—No, señor ; digo que formaban un huevo entre las dos, porque una se llamaba *Clara* y la otra *Yema*.

—¡Ah ! Vamos. Serían *Clara di Rosemberg* y *Yemma di Vergy*.

—Eso mismo.

—¿Pero sabes que nos hemos ido apartando de nuestro propósito ? Tú me has hecho una pregunta, y yo no soy menos que tu compadre el de los dos mil tantos para que no me dediques un ratito esta tarde.

—Bueno. Hasta las tres y cuarto podemos invertir tres cuartitos de hora de palique.

II

La Religión. ¿Y á mí qué?

 HORA un poquito de formalidad, ¿eh?

—Bien ; pero hasta las tres y cuarto nada más.

—Convenido.

—Decías hace poco : ¡ La Religión ! Es una palabra muy bonita. Pero, ¿qué quiere usted que haga yo con ella ? ¿Y á mí qué ?

—Exactamente. Mas ya que nos formalizamos, V. no se lo ha de decir todo. Yo soy librepensador ; por consiguiente, yo he de hacer de las mías : no, no se ría V. ; quiero decir que donde las dan las toman, y que, cuando yo lo crea conveniente, le diré á V. con todo el miramiento del mundo lo que se me venga á la punta de la lengua.

—No hay inconveniente ; porque, en

último caso, si noto que desbarras, saco el reloj, te doy las tres y cuarto, y te marchas con todos los Zacatripas que haya en el mundo, compadres tuyos, ó no.

—Pues pido la palabra.

—¡Pero, hombre, entonces buena cuenta vas á dar de los tres cuartos de hora!

—Es tan sólo para una *ilusión* personal. Digo yo que para nada necesito la Religión, porque á la vista está lo bien que me va sin ella, duermo bien y como mejor; no puedo estar más sano ni más gordo de lo que estoy.

—Pero, hombre, comienzas confundiendo la Religión con las bellotas. Dime tú: si no hemos venido á este mundo más que para echar carnes como los cerdos, ¿por qué todos los hombres en todos tiempos han creído otra cosa? Y no me parece fácil que tú solo tengas razón contra todos los hombres.

No; si yo te recetara la Religión para engordar, en efecto, no te haría falta; pero te la receto para que seas hombre de bien, y eso puede que lo necesites más.

—Yo soy una persona decénte, y no permito....

—Ni yo te pido permiso para decirte que

dos y dos son cuatro, y que sin Religión serás una persona muy decénte, pero que estarás paseando tu decéncia por tabernas, garitos, cafés cantantes á lo flamenco, y demás centros de civilización de día, y de *juerga* por la noche...

—Algo hay de eso, que me gusta no poco la alegría y la *filadelfia*...; pero yo no acabo de comprender qué me va á mí ni qué me viene con eso de la Religión. Yo no he estudiado para nada, y menos para cura, y á mí se me alcanza que eso debe ser cosa de frailes, monjas y curas.

—En efecto: si solamente los frailes y las monjas tuvieran alma, así debía ser. Pero, ¿tú no tienes alma también? ¿No existe Dios para ti? ¿No te diferencias en nada ni del insecto que se arrastra por el lodo, ni de la fiera que paca y ruge por los bosques? ¿Tienes el mismo origen y el mismo destino que el mono ó que tu jumento, ó tan baja opinión de ti mismo que no te creas infinitamente superior al perro que con sus ladridos guarda tu casa?

Tu rostro, en que se dibuja la estupefacción y la extrañeza, me dicen qué son

esas preguntas que tú no te has hecho jamás. Pues bien: poniéndome yo por un momento á la altura de tu sabiduría, ó mejor de tu ignorancia, te diré: Mira si es cosa que merece la pena el que tú te pares á averiguar si, en efecto, tienes alma ó no; si has de vivir siempre ó breves días; si más allá de la muerte, que quizá diste de ti muy poco, te espera una eternidad, y si es prudente que hagas algo para que no seas infeliz por toda esa eternidad. ¿Te parece que esas cuestiones no merecen que pienses algún tanto siquiera en ellas? ¿te atreverías á repetir ahora, cuando te hablen de la Religión que te enseña esas y otras cosas de igual monta: y á mí qué?

—La verdad es que no tiene uno tiempo para pensar en esas cosas. ¡Hay tantas otras más personales y que le tocan á uno más de cerca!...

—Por Dios, hombre, no digas semejante barbaridad.

«¿En qué otra cosa pudieras ocuparte que te fuese más personal y propia, y que tuviese para ti mayor importancia? Nada de lo que en el mundo ocurre es tan suyo ni depende

tanto de ti como tu propia alma. Sin ti seguirá su curso la política; sin ti progresarán la industria y la ciencia; sin ti se mantendrá á igual altura el comercio nacional; hasta sin ti se sostendrá tu casa, y hasta, por muy doloroso que te sea pensarlo, sin ti se pasará tu mujer y vivirán tus hijos. ¿Por ventura no vives tú sin notar ya la falta de tus abuelos y ascendientes? En cuanto hayas cerrado los ojos á la vida, se llorará unos días tu muerte, se recordarán con ternura tus palabras, se hará frecuente mención de tus actos. Sí, hasta habrá quien te conserve en su corazón como un dulce recuerdo. Pero aun en el propio día de tu muerte el sol hará su curso acostumbrado sin apercibirse de tu falta; las gentes bullirán como siempre en sus negocios sin notar el hueco que has dejado; y pocos años después, los que más te han amado y te han llorado... reirán, divertiránse, celebrarán sus fiestas y regocijos, exactamente como si tú no faltases en este mundo, como si nunca hubiesen llorado.

»En tanto, es cierto, certísimo, que nada tiene importancia verdadera para ti sino tú,

que nada debe interesarte sino lo que á ti propio se refiere.—¿Queréis hacerme egoísta?, me dirás.—Egoísta, sí, amigo mío; egoísta y avaro de tu eterna felicidad, y ¡ay de quien no empiece por mirar las cosas bajo el punto de vista de este sublime egoísmo! ¡Ay de quien no empiece por mirar primero por su propia alma! Todo el mundo prescindirá de ti, amigo mío; por fuerza habrás de prescindir tú de todo el mundo. De quien nunca podrás prescindir será de la muerte, de Dios y de tu propia alma.

»Ahora bien. Para llevar á ésta en completa seguridad, sólo hay un guía que sepa el camino: es la Religión.»

III

¡Y yo que creí que estábamos aquí para triunfar, engordar y pasarlo lo mejor posible!

PUES has pensado muy poco y muy mal; y si los animalitos discurrieran, tus teorías tendrían muchos partidarios. Fíjate bien en lo que te voy á decir, que es un poquito serio y un si es no es profundo.

—Venga de ahí, que está V. hecho un

¹ Sardá: *Biblioteca ligera*.

Padre predicador; y aunque yo oigo pocos sermones, los que más me gustan son los que no entiendo de puro profundos.

—Escucha, y sin interrumpir. El hombre es un peregrino en la tierra; viene al mundo y luego se aleja de él, pues nadie vive aquí eternamente y la muerte á nadie olvida. Estamos en un viaje, en una peregrinación incesante, y cada momento damos un paso más hacia el sepulcro, al cual se acerca el hombre sin cesar hasta que al fin la fosa se abre y la tierra lo cubre. Si, pues, la vida es un viaje, no es nuestro fin último pasarlo bien en la vida, porque quien viaja á alguna parte va; sobre todo que, como ya te probaré en otra ocasión, en el sepulcro entra solamente el cuerpo, mientras que el alma sobrevive. Y si estamos de viaje, ¿adónde nos conduce el camino de la vida? ¿Adónde llegaremos siguiéndole? ¿Qué será de nosotros en la eternidad? ¿En dónde hallaremos descanso? Pasado que sea todo lo presente, ¿qué será nuestro último fin?

Neciamente obraría el viajero que caminara siempre adelante, adelante, sin saber

jamás adónde iba á parar ; así también es necio en sumo grado el que vive tan des- preocupado é inconsiderado que no se cuida nada del éxito de esta peregrinación terrestre, ni pregunta jamás por el término final, ni adónde llegará después de esta corta vida.

Con amargo dolor de su alma reconoció en otro tiempo esta necedad un cortesano del duque de Borgoña, que no habiendo pensado jamás seriamente en la salvación de su alma, y hallándose cercano á la muerte, mandó que para escarmiento de otros se le pusiese el epitafio siguiente : «Aquí yace un necio, que salió de este mundo sin saber para qué había venido á él.» Por consiguiente, lo primero que ha de saberse es para qué nos ha criado Dios, y para qué nos ha puesto en este mundo, ó, lo que es lo mismo, cuál es el fin que ha fijado Dios á nuestra peregrinación por la tierra, y qué es lo que debemos hacer para alcanzarlo.

Dices, amigo mío, que estamos aquí para alcanzar la felicidad, y en ello te sobra la razón. De tal manera queremos todos ser felices, que nos es imposible no quererlo, y

antes nos arrancarán el alma que privarnos de la sed y el ansia de nuestra felicidad. Este deseo está arraigado en lo más íntimo del corazón humano, deduciéndose de aquí que ese deseo viene de Dios, que ha formado nuestro corazón, criándonos para la felicidad.

—Pues si Dios nos ha criado para ser felices, ó mucho me equivoco, ó alguien ha metido la pata....

—Quien la mete ahora eres tú. De que aquí no seas tú feliz, ni yo, ni nadie, no debes deducir más sino que lo que te decía antes: que aquí estamos de viaje en busca de nuestra felicidad, y de viaje nadie está del todo contento.

Cierto que los bienes y placeres terrenos pueden engañar agradablemente, pueden obcecar y embriagar, pero nunca procurar felicidad verdadera. ¿Y por qué?

Porque todo lo terreno es vario y pasajero, y no es verdaderamente feliz quien está atormentado de inquietudes, cuidados, angustias y zozobras, sino aquel á quien nada falta ni queda que desear. Ahora bien: esto no pueden proporcionárselo al hombre los bienes de este mundo, que se alcanzan

con grandes fatigas y peligros, que se poseen con angustias y sobresaltos, y que, por fin, han de dejarse con amargura y dolor. Así lo enseña claramente la experiencia. ¡Qué de penas, trabajos y solitudes para adquirir bienes tales! ¿Á cuántas dificultades y privaciones no debe someterse el soldado? ¿Cuántas veces expone sangre y vida para mostrar su arrojo y valentía, y conseguir así una cruz ó un grado superior? El negociante entregará acaso á borrascoso mar sus bienes y tesoros, con su mujer é hijos y la propia vida, por acumular en tierra extraña con mil riesgos y penalidades algunos recursos. El labrador se dedicará á penosísimos trabajos, enjugará con frecuencia el sudor de su tostada frente, volverá del campo á casa fatigado y rendido para poder henchir en el otoño sus graneros con abundante cosecha; y esto sí, como no rara vez sucede, no salen fallidas sus esperanzas, ni se frustran sus trabajos.

Mas supongamos que éstos y otros adquieran bienes considerables; aun entonces, ¡cuántas angustias, inquietudes y zozobras no cuesta conservarlos! Hay siem-

pre que temer ciertos inevitables accidentes, como guerras, tempestades, incendios, terremotos, langostas y otros semejantes á que se allegan los peligros de malvados enemigos, de ladrones, de salteadores, estafadores; y, por fin, los riesgos de parte de falsos amigos, y no rara vez de malos hijos, que derrochan en breve tiempo cuanto sus padres juntaron con grandes penalidades y trabajos. En todo caso, bienes de esta especie no pueden producir verdadera satisfacción, puesto que para gozar de ellos con templanza tiene el hombre que negarse á sí mismo muchas cosas que le agradan é imponerse sensibles privaciones.

Si, al contrario, siguiendo los deseos del apetito, se disfruta de ellos destempladamente, viene el hastío, el remordimiento, el quebranto de la salud y de la felicidad doméstica; no rara vez sobrevienen también la pobreza, la deshonra y aun la demencia, desesperación y prematura muerte. Contempla, por ejemplo, á un bebedor que, dominado por su funesta pasión del vino ó de otros licores, quebranta su salud, se deshonra á sí y á su familia, cae en la miseria,

y acaso tiene desastrosa muerte en estado de embriaguez. ¿Quién puede llamar feliz á este hombre?

Pero aun suponiendo que el hombre no tuviese por lo general que temer otra cosa que la muerte con las enfermedades y dolores que padece, ¿no bastaría esto sólo para enseñarle que los bienes de la tierra no pueden hacerle feliz? Sí; la muerte, de que nadie se libra, sea rey, sea mendigo; la muerte, de quien nadie está seguro un momento; la muerte, que despoja al hombre súbitamente de todos sus bienes, que aniquila todos sus planes, que le arrebatara sin misericordia todos sus afectos á las cosas visibles, que arroja su cuerpo á las tinieblas del sepulcro, á ser pasto de los gusanos; la muerte, digo, demuestra la vanidad y engaño de todos los bienes de este mundo, y lo vano que es pretender con ellos la felicidad. Porque, si el hombre no los ama, no halla en ellos ninguna alegría; y si los ama, cuanto más los ame tanto mayor será su temor de perderlos, y su dolor de perderlos efectivamente por la muerte.

IV

¿Y sirve para algo más la Religión?

PARA muchísimo más; sirve para todo. La Religión te enseña lo que es bueno y lo que es malo; sin ella habrá, como hay, quien canoniza el robo, el asesinato y, sobre todo, la lujuria. Sin ella no es posible ni la familia, ni la sociedad. La Religión te muestra los medios seguros para que obres lo bueno y aborrezcas lo malo; te promete el premio de una gloria sin fin si obras lo bueno, y te asegura un castigo también perdurable si obras lo malo. En resumen: la Religión nos enseña lo que somos los hombres, de dónde venimos, la senda que debemos seguir en esta vida y el término que nos aguarda en la otra, proporcionado al bien ó al mal que hayamos obrado en la tierra. Si esto no te interesa, no sé qué cosa puede interesarte en este mundo.

Item, la Religión es el gran libro, el único libro donde el hombre puede estudiar todos sus deberes.

—Una interrupción, y V. perdone. Como

y acaso tiene desastrosa muerte en estado de embriaguez. ¿Quién puede llamar feliz á este hombre?

Pero aun suponiendo que el hombre no tuviese por lo general que temer otra cosa que la muerte con las enfermedades y dolores que padece, ¿no bastaría esto sólo para enseñarle que los bienes de la tierra no pueden hacerle feliz? Sí; la muerte, de que nadie se libra, sea rey, sea mendigo; la muerte, de quien nadie está seguro un momento; la muerte, que despoja al hombre súbitamente de todos sus bienes, que aniquila todos sus planes, que le arrebatara sin misericordia todos sus afectos á las cosas visibles, que arroja su cuerpo á las tinieblas del sepulcro, á ser pasto de los gusanos; la muerte, digo, demuestra la vanidad y engaño de todos los bienes de este mundo, y lo vano que es pretender con ellos la felicidad. Porque, si el hombre no los ama, no halla en ellos ninguna alegría; y si los ama, cuanto más los ame tanto mayor será su temor de perderlos, y su dolor de perderlos efectivamente por la muerte.

IV

¿Y sirve para algo más la Religión?

PARA muchísimo más; sirve para todo. La Religión te enseña lo que es bueno y lo que es malo; sin ella habrá, como hay, quien canoniza el robo, el asesinato y, sobre todo, la lujuria. Sin ella no es posible ni la familia, ni la sociedad. La Religión te muestra los medios seguros para que obres lo bueno y aborrezcas lo malo; te promete el premio de una gloria sin fin si obras lo bueno, y te asegura un castigo también perdurable si obras lo malo. En resumen: la Religión nos enseña lo que somos los hombres, de dónde venimos, la senda que debemos seguir en esta vida y el término que nos aguarda en la otra, proporcionado al bien ó al mal que hayamos obrado en la tierra. Si esto no te interesa, no sé qué cosa puede interesarte en este mundo.

Item, la Religión es el gran libro, el único libro donde el hombre puede estudiar todos sus deberes.

—Una interrupción, y V. perdone. Como

en los clubs no se nos habla más que de nuestros derechos, de eso de deberes no entendemos una palabra. Allí nos dicen que no hay más que un deber: el deber de pasarlo bien y de hacer cada uno lo que le dé la gana, y al prójimo contra una esquina.

—Pues eso es una atrocidad. El hombre, antes que derechos tiene deberes, porque antes que nada es súbdito de Dios, que lo ha criado, y de la sociedad que lo vió nacer en su seno. Pues esos deberes, sin cuyo cumplimiento el mundo se convierte en una merienda de negros, como lo estamos palpando, si no te los enseña la Religión no te los enseña nadie. La prueba eres tú é infinitos como tú, que ignoráis hasta el nombre del deber.

Y, sin embargo, es evidente que todos tenemos deberes que cumplir como hombres, como ciudadanos, como esposos, como padres; y esos deberes, cuyo cumplimiento constituye el orden social, la paz doméstica y el sosiego del corazón, no te los enseñarán ni en el casino, donde matas las horas; ni en el club, donde exaltas tus pasiones por cosas que no valen dos cuartos;

ni en el garito, donde arriesgas tu hacienda, tu honra y tu alma. Esos deberes no te los enseñará el libro perverso, que sólo halaga las groserías de tu carne; ni el periódico impío, que sólo te predica la rebeldía contra la autoridad de Dios y de la ley; ni el falso amigo, que no sabe más que azuzar tus malos instintos.

Para aprender esos deberes poco vale la enseñanza de la Universidad ó la de los libros de ciencia humana. Se puede saber mucha Física, mucha Historia, muchas leyes, mucha Medicina y muchas Matemáticas, y ser un ignorante en la ciencia de esos deberes, y saber menos que un niño, menos que la más atrasada mujer.

Esos deberes sólo hay una ciencia que los enseñe: la ciencia de la Religión. Y al que no posee esta indispensable ciencia, ¿qué le importará saber todas las demás? ¿Qué le importará ser un buen trabajador en un arte ú oficio si es mal padre? ¿Qué le valdrá ser famoso médico ó abogado si es perverso esposo? ¿Qué le servirá ser matemático ó astrónomo útil si es infiel cristiano? No hablo ya de tu suerte eterna, que eso

es lo principal; pero aun tu bienestar temporal depende de este punto. Porque no es más feliz en este mundo el más sabio, el más rico ó el más poderoso, sino el más bueno. ¿Y quién ha de enseñarte á serlo sino la Religión?

¿Y no bastan para castigar á los criminales las leyes y la justicia humana?

No. Porque hay criminales de obra y criminales de intención; criminales manifiestos y criminales ocultos; criminales que pueden estar tan altos que á ellos no lleguen las leyes, y criminales de poco más ó menos, ó, como si dijéramos, no de frac y corbata blanca, sino de blusa y calzones rotos. Contra los segundos se pueden enseñar las leyes; pero, ¿y á los primeros, los dejarás tú sin castigo? ¿Y quién contendrá á esos malvados que pueden robar, matar, violar, etc., sin miedo á pena alguna y sin peligro de perder la fama ni de ir á presidio, si la Religión no los contiene?

—¿Pero y la conciencia? ¿Y el sentimiento del deber?....

—Mira, déjate de palabras huecas, que has oído á los tribunos de la plebe, y examina la realidad. La conciencia, la *hombria de bien* y la *decencia*, sin Religión ni temor de Dios, es un traje elegante y bonito que se pone uno para presentarse en público, y se cuelga en la percha cuando se mete uno en casa ó donde nadie lo vea. Echa una ojeada por esos mundos de Dios, y á ver si exagero.

—La verdad es que ve uno cosas en personas de *conciencia* que le dejan á uno patitieso. Figúrese V. que he visto á muchos andar, como yo ahora, como quien dice, en cueros vivos, y ahora, al poco tiempo y sin que les haya tocado la lotería, pues no tenían ni para jugar á ella, le atropellan á uno con unos coches que ni el sultán de Rusia.... ¡Vamos!, que le vienen á uno ganas de meterse á socialista....

—Déjate de socialismo, que ya hablaremos de eso otro día. Ahora estaba probándote cómo sin Religión el mundo es un presidio suelto. Porque, dime tú, discutiendo con tu razón natural, si te parece posible que viva del mismo modo un hom-

bre religioso, que otro que no tenga religión ninguna : dime tú qué interés tiene en ser bueno el hombre que ningún premio aguarda, y qué freno puede contener las maldades del que ningún castigo teme en la otra vida. ¿Crearás que sea bastante para dejar de obrar mal el temor á la justicia de los hombres?

Esto no puedes creerlo, pues ni la justicia de los hombres tiene poder contra todos los malos, aunque sepa sus maldades, ni es tan poco tan sabia y prudente que pueda saber todo el mal que se obra. Podrá la justicia humana castigarte si matas á un hombre; pero ¿podrá del mismo modo castigar *el deseo* que tengas de matarlo mientras no lo pongas por obra? Y ¿no me dirás que el solo deseo de matar á un hombre no sea ya una maldad que por fuerza ha de recibir su castigo. Voy á ponerte esto más claro todavía.

Supongamos que tú eres un hombre sin religión ninguna, lo que Dios no permita; supongamos que te nombran juez de la causa de un vecino tuyo que ha matado á su padre con un puñal.

—Me alegro de que eche V. la conversacion por ese lado. El Jurado está á la orden del día, y uno que se acuesta zapatero amanece, sin haberlo soñado, juez de cuerpo entero, aunque sin paga de magistrado. Esa es la diferencia que hay entre el juez de hecho y el de derecho : que el de derecho cobra, y el de hecho pierde la parroquia mientras se ocupa del *benedito*.

—Del veredicto, majadero. Pues bien: ¿qué sentencia darás contra este hijo malvado? De seguro lo condenarás á un patíbulo. ¿Y por qué lo condenas? Porque sabes que el matar á su padre es un delito horrible; porque tu conciencia te dice que un delito de esta especie debe ser castigado; y, últimamente, porque hay leyes humanas que lo condenan y castigan con la muerte.

Pues figúrate ahora que este hijo delincuente ha matado á su padre, no con un puñal, sino á fuerza de disgustos que le ha causado, y con la deliberada intención de que se muera de pena. ¿Qué sucederá en este caso? En primer lugar, es muy difícil probar en juicio los disgustos que el hijo le haya dado al padre, y mucho más difícil

de probar todavía que le haya dado estos disgustos con la deliberada intención de que se muera á causa de ellos; en segundo lugar, aunque todo esto se probara, sería imposible probar que, efectivamente, esos disgustos, y no otra causa cualquiera, han ocasionado la muerte del padre.

De manera que la justicia humana carece absolutamente de medios, no ya para castigar, sino ni aun para juzgar esta clase de delito. ¿Qué resultará entonces? Que el delito quedará sin castigo. Y ello, no hay remedio: igual es el crimen en un caso y en otro; tan criminal es el hijo que mata á su padre de una puñalada, como el que le mata á fuerza de causarle disgustos, con deliberada intención de que se muera. Este crimen no puede ser castigado por la justicia de los hombres: tu conciencia te dice que no se puede quedar sin castigo; los hombres no se lo dan. ¿Quién se lo da?

Se lo da Dios. Esto cree el que tenga religión; pero, ¿y el que no la tenga? El que no la tenga, verá que el crimen se queda sin castigo; no lo recibe de los hombres, porque la justicia humana no alcanza á

probar, ni aun quizá á saber el delito: no lo recibe de Dios, porque no hay Dios.... ¡Qué horror, amigo mío! Y, sin embargo, á esto viene á parar el no tener religión.

VI

¡ Pobres de los pobres sin religión!

MIRA, si la Religión no existiera se debía de inventar, aunque no fuese sino para consuelo del triste, del pobre y del desgraciado. Pueden tener otros consuelos los ricos y los grandes, y eso que, sin religión, también son ellos unos desgraciados; pero el pobre sin religión, ¿qué consuelo y qué esperanzas puede abrigar en su entristecido corazón? ¿Qué será de él, tan maltratado muchas veces por la justicia humana, si no puede apelar ni á la justicia divina, sino cree que hay un Dios que no se deja ganar ni sobornar por los ricos y poderosos? Y cuando aquí se ve ajado, pisoteado por todos, y á veces enfermo, acongojado, sin pan ni para si ni para sus hijos, ¿cómo no desesperarse si no sabe que Dios escucha sus ruegos y le dará cuanto los hombres le niegan? Tú lo sabrás quizá por experiencia, ami-

go mío. Llagas hay en el corazón del hombre que sólo la esperanza las cura. Males para cuyo alivio no bastan ni consideraciones humanas, ni los consuelos de la amistad, y sólo las soporta la resignación del cristiano, la idea de que Dios nos prueba ó nos castiga, y manda ó permite esos males para nuestro bien.

¿Qué remedio para quien nada espera? Desesperarse y pegarse un tiro. ¿Qué resignación para el que nada cree? Rabiar y blasfemar como un demonio.

Entra en una casa, aunque sea una choza, en donde haya religión y fe y esperanza en Dios. Aquello es la gloria. Todo, quizá, falta, pero sobra la paz y la resignación. Allí todos saben y creen que en la choza están de paso, que la vida es breve camino, y que, si sufren con resignación, de la choza van á la morada eterna de toda dicha, en donde los pobres cristianos serán los más ricos en gloria, como lo fueron aquí en virtudes. Allí todos se aman y se sobrellevan, y se consuelan, y mutuos son y comunes los dolores y los goces; y si hay un enfermo él es el más alegre, porque está

más cerca de quedar libre de la cárcel de esta vida miserable. Y si va al hospital, allí está la Caridad en forma de Hermana ó de Madre para consolarlo y servirlo.

Entra, por el contrario, en otra casa pobre ó rica, en donde no haya religión. Aquello es un infierno, sobre todo si hay enfermedades y desgracias. Odios, rencores, riñas, discordias, y á veces crímenes horrendos. Las mujeres mártires, los hombres mártires y verdugos. No se oyen sino votos, juramentos, blasfemias, en una palabra, lenguaje y desesperación de condenados.

Y eso es natural. Cuando no hay otro consuelo superior, parece que el hombre encuentra alguno en renegar de su suerte. La Religión, que es la única que hace al pobre honrado, digno y virtuoso; que lo dignifica hasta colocarlo en los altares, como al jornalero San Isidro y al mendigo Benito Labre, es la única también que le puede dar resignación para no envidiar lo que no tiene, y fortaleza para luchar con los rudos trabajos de la vida. El rico tiene otros alivios: todos le oyen y le atienden; al pobre sólo le

hace caso Dios, y los que creen en Dios y aman á Dios, y en el pobre ven un hermano.

Además, amigo mío, sin religión es imposible atajar los apetitos desenfrenados de riquezas y placeres, cuya inmoderada posesión enerva y afemina, y cuyo deseo inquieta y llena de furia. El anhelo de venganza y los rencores convierten el corazón del pobre sin Dios y sin religión en un volcán de odios, y el ansia de gozar y de poseer le hace verdugo de él mismo y de cuantos están cerca de él.

¡ Pobres de los pobres sin religión!
 ¿Quién les infundirá aliento y esperanza?
 ¿Quién secará sus lágrimas? Si no creen en una vida mejor; ni se acuerdan de que sus martirios y dolores son tesoro inagotable de méritos; si no ven en Jesucristo, pobre hambriento y crucificado, al Dios de los pobres que sufren, y en la Virgen Santísima de los Dolores al consuelo y madre de los que lloran, ¿quién los consolará en este mundo infame, en que sólo se hace caso del que tiene y de quien se espera algo?

Al contrario, el pobre que tiene religión y fe se acuerda que Jesucristo, que

es Dios, al hacerse hombre despreció las riquezas, se hizo pobre, y sufrió y llegó voluntariamente á tal estado de escasez que no tuvo adonde reclinar su cabeza; y al mirar con ojos de fe el crucifijo, comprende que el pobre, virtuoso en sus dolores, y contento con la estrechez y el hambre, es la perfecta copia de Jesucristo en la tierra, y que algo divino debe haber en la pobreza cuando Dios se hizo pobre, y algo diabólico y perverso, ó á lo menos peligroso, en las riquezas cuando Dios las despreció soberanamente, Él, á quien todo le correspondía y le era debido.

No quiero sermonearte más; no me vayas á tomar por un misionero capuchino; pero sin querer me exalto al hablar de estas cosas, al ver la horrible obra que hacen con los pobres los que, sin poder darles bienes en la tierra, les quitan los del cielo. ¡Cruelles más que hienas! ¡Han hecho millones de energúmenos desgraciados de hombres que eran felices por la fe y por esperanza!

Además, el hombre, pobre ó rico, de suyo tiende al mal. Dios nos hizo de barro, y

en todo se conoce nuestro origen, y hay quien jamás deja de ser barro. Al mal tendemos todos, y hace falta una fuerza poderosa que nos detenga en el camino del mal. ¡Qué trabajo cuesta á veces ser honrado! ¡Resistir á la seducción! ¡No dejarse corromper por el mal ejemplo y las perversas amistades! Consejos, preceptos, temores, esperanzas, todo es poco para no caer. Dime, pues: estos auxiliares que necesitas para obrar el bien y evitar el mal, estos contrapesos con que has de equilibrar el desequilibrio de tu corrompida naturaleza, estos consejos, estos alientos, estas esperanzas del cielo, estos temores del infierno, estas ilustraciones de Dios, estas aldabadas de su gracia, ¿quién te las proporcionará sino la Religión, única que las posee? Con tan fuerte atracción para el mal y tan escasa atracción para el bien, en medio de la brava oleada de este mundo, amigo mío, eres hombre al agua sin remedio si no te mantiene á flote ó no te saca á la orilla la mano de la Religión. Te hundes, te hundes sin este celestial salvavidas. Importa, pues, practicar la Religión, y para eso importa antes conocerla.

— ¡Ay, ay, ay! Se ha puesto V. demasiado serio. ¿Quiere V. ver qué hora es?

— Las tres y cuarto.

— Pues salud, y muchas gracias por la tagarnina que me dió V. La puede V. poner en el Credo junto á lo de la vida perdurable.

— ¿Te vas sin que acabemos la conversaci3n comenzada?

— Otra vez la acabaremos.

— ¿Quieres que sea esta noche? Te ofrezco una tacita de buen café.

— ¡Pero ha de ser sin media tostada! Porque días pasados....

— Entonces hasta la noche.

— ¡Y yo que iba á ver la *Degollaci3n de los Pastores*, digo, de los Santos Inocentes!

— Bastante los degolló Herodes; y ya que estás en candidatura para jurado, no dejes que los degüellen otra vez en el teatro.

VII

Tienen la palabra «Las Dominicales».

TE iba diciendo esta tarde....

— Contra lo que me iba V. diciendo esta tarde traen hoy *Las Dominicales* un artículo que ni pintado.

en todo se conoce nuestro origen, y hay quien jamás deja de ser barro. Al mal tendemos todos, y hace falta una fuerza poderosa que nos detenga en el camino del mal. ¡Qué trabajo cuesta á veces ser honrado! ¡Resistir á la seducción! ¡No dejarse corromper por el mal ejemplo y las perversas amistades! Consejos, preceptos, temores, esperanzas, todo es poco para no caer. Dime, pues: estos auxiliares que necesitas para obrar el bien y evitar el mal, estos contrapesos con que has de equilibrar el desequilibrio de tu corrompida naturaleza, estos consejos, estos alientos, estas esperanzas del cielo, estos temores del infierno, estas ilustraciones de Dios, estas aldabadas de su gracia, ¿quién te las proporcionará sino la Religión, única que las posee? Con tan fuerte atracción para el mal y tan escasa atracción para el bien, en medio de la brava oleada de este mundo, amigo mío, eres hombre al agua sin remedio si no te mantiene á flote ó no te saca á la orilla la mano de la Religión. Te hundes, te hundes sin este celestial salvavidas. Importa, pues, practicar la Religión, y para eso importa antes conocerla.

— ¡Ay, ay, ay! Se ha puesto V. demasiado serio. ¿Quiere V. ver qué hora es?

— Las tres y cuarto.

— Pues salud, y muchas gracias por la tagarnina que me dió V. La puede V. poner en el Credo junto á lo de la vida perdurable.

— ¿Te vas sin que acabemos la conversaci3n comenzada?

— Otra vez la acabaremos.

— ¿Quieres que sea esta noche? Te ofrezco una tacita de buen café.

— ¡Pero ha de ser sin media tostada! Porque días pasados....

— Entonces hasta la noche.

— ¡Y yo que iba á ver la *Degollaci3n de los Pastores*, digo, de los Santos Inocentes!

— Bastante los degolló Herodes; y ya que estás en candidatura para jurado, no dejes que los degüellen otra vez en el teatro.

VII

Tienen la palabra «Las Dominicales».

TE iba diciendo esta tarde....

— Contra lo que me iba V. diciendo esta tarde traen hoy *Las Dominicales* un artículo que ni pintado.

—Mira, hijo, nada nuevo, por mucho que barbaricen, te podrán decir *Las Dominicales*. En todos tiempos ha habido hombres perversos, interesados en apartar de lo bueno á los demás y en enseñarles lo malo; pero hoy día permite Dios que haya muchos más medios que nunca ha habido de pervertir y de alucinar al mundo. La santa Religión de que te hablo manda á los ricos que tengan caridad, y á los pobres que tengan paciencia. Pues bien, amigo mío; los ricos endurecidos que no quieren tener caridad con los pobres, y los pobres soberbios que se cansan de sufrir con paciencia sus trabajos, tienen interés en que se olvide ó se aborrezca una Religión que no quiere que los ricos abandonen á sus hermanos los pobres, ni que los pobres se apoderen por fuerza ó miren con envidia los bienes de los ricos. Todo el rico que no quiere dar nada al pobre, y todo el pobre que desea apoderarse injustamente de lo que posee el rico, son enemigos de la Religión.

—Entonces á mi casero se lo tiene que llevar el mismísimo demonio. ¡Pues no se

ha empeñado el hombre en que por fuerza ha de cobrar el alquiler todos los meses del año!

—Es menester que te penetres bien de esto para que desoigas y condenes, como es justo, la multitud de cosas que te dirán y te alabarán contrarias á nuestra santa Religión. Los interesados en perderte no te dirán que esta Religión, tan calumniada por ellos, ha sido creída y practicada, enseñada y defendida por los hombres más sabios y más buenos que ha habido en el mundo. Sin salir de nuestra España, te nombraré al prudente, al esforzado y al humilde y venturoso nuestro santo rey D. Fernando III, terror de los moros, conquistador de Sevilla y autor de las leyes más veneradas que rigen á nuestra Monarquía; te citaré á la piadosa heroína nuestra Reina Católica Doña Isabel I, la que conquistó á Granada y acabó de echar de nuestro territorio á los moros y judíos, que lo infestaban y oprimían; te citaré á nuestro rey Carlos I el Emperador, que, después de haber sido señor del mundo entero, fué á acabar sus días santamente en el monasterio de Yuste. Y no haré sino mencionarte el gran número de

compatriotas nuestros que, desde los tiempos más remotos de la Monarquía, han venido admirando al mundo por su saber y sus virtudes: un San Isidoro, arzobispo de Sevilla, grande historiador y gran filósofo; un San Vicente de Ferrer, á cuya palabra caían helados de espanto los soberbios y se regocijaban los humildes; un San Francisco Javier, Apóstol de las Indias; un cardenal Jiménez de Cisneros, ilustre ministro de la Reina Católica; un San Ignacio de Loyola, un San Juan de la Cruz, una Santa Teresa, un venerable maestro Fray Luis de Granada, y, en fin, otros miles de miles, pues sería cuento de nunca acabar.

Y no te hablo de los grandes artistas y poetas que, inspirados por nuestra santa Religión, nos han dejado para eterna memoria de su nombre esas catedrales, esas pinturas y esculturas, esos poemas de toda especie, que nos envidia el mundo. Y no te hablo tampoco del sinnúmero de hombres, no menos eminentes en saber y virtud, nacidos fuera de nuestra España: de un San Luis, rey de Francia, tan ilustre por su valor como por su ciencia y virtudes; de un Santo Tomás

de Aquino, lumbrera del mundo y el hombre más sabio que ha tenido la tierra; de un San Vicente de Paúl, verdadero Ángel de la Caridad, fundador de esas Hermanas celestiales que ves á cada hora arrostrando la muerte en los campos de batalla y en los hospitales pestilentes; de un San Francisco de Sales, tan profundo conocedor del corazón humano; de un Pontífice Gregorio VII, pacificador de la Iglesia, abogado de los débiles, freno de los opresores; de un San Pío V, reformador de la Iglesia.

Dime, en verdad, si encuentras que pueda compararse con cualquiera de éstos, ni en sabiduría, ni en virtud, ni en grandeza, ni en heroísmo, ninguno de esos que te hablan ó te escriben en contra de la Religión. Dime si es conveniente, si es natural, si es racional siquiera, negar que sea útil, y dudar de que es santa y verdadera, una Religión que tiene á su favor el testimonio de servidores tan ilustres y en número casi infinito.

Dime, en fin, y sobre todo, si puede ser puesta en duda ó despreciada una Religión que ha hecho al mundo tan grandes benefi-

cios como son el establecer entre los hombres esa caridad por la cual, considerándose todos como hermanos, hijos del Padre común que está en los cielos, llegan todos á ser verdaderamente *libres* y verdaderamente *iguales* ante el Dios bueno que á todos los hizo de la misma masa, y á todos infundió entendimiento para conocerle y voluntad para amarle.

—Libres é iguales ha dicho V. Esas palabras sí que me saben bien; ¡pues es nada! Hacer lo que uno quiera, ¿eh? Pues todavía me parece mejor lo de iguales; y si se resolviera desde esta noche el problema, me llevaría á casa la mitad de la despensa de que ha sacado V. los riquísimos granos de este sabroso y aromático café.

—Por tan poco no lo dejes, y carga con ello; por más que á tu resolución le noto el inconveniente de que, con repetir la misma operación en dos ó tres casas más, te habrás provisto á menos precio y con menos trábajo que tus despenseros.

—¿Y qué inconveniente es el que V. nota en eso?

—Que llevándote la mitad de cada uno

entre varios, al cabo de un rato tendrás más que cualquiera de ellos. Y en verdad que ésas son ya muchas matemáticas, porque tú sabrás que el mejor aritmético de diez no se lleva más que una, y tú de diez quisieras llevarte cinco.

—Estamos hablando de ganancias, y no le he dicho á V. que me he llevado de corrido esta tarde á mi compadre.

—¿En la partidilla de los dos mil y pico?

—Sí, señor; por cierto que, aparte del interés natural, me he alegrado mucho, porque tiene muchísimos *infundios*, y cree que sabe á todo más que nadie. ¡Vamos! Crea V. que muchas veces me carga, y si tuviera dinero como tiene fantasía, se lo juro á V., habría de tener más orgullo que D. Rodrigo en la horca.

—No fué, por cierto, orgullo lo que mostró en la horca ese D. Rodrigo, sino humildad, y de buena clase.

—Pues que dispense ese caballero ó quien sea, porque mi ánimo no ha sido ofenderle.

—Maravillas y efectos propios de la Religión son hacer que se vuelva digno de

encomio y alabanza quien antes de abrazarse con la Religión era acreedor á censura y menosprecio.

¡Ah! ¡Si te pararas un poco á considerar el bien que ha hecho esta Religión santa! ¡Si la vieses, como yo la veo, enjugar á cada instante las lágrimas del pobre, convertir los corazones más depravados, y derramar en todas partes la verdad, la paz, la esperanza y la alegría! ¿Qué es eso? ¿Estas ya impaciente? En hora buena si te vas á besar á tus peñueños antes que se entreguen al sueño. ¡Son tan amables esas criaturitas del Señor! Pero te dejo ir con dos condiciones: la primera, que prometas visitarme con más frecuencia que hasta ahora, pues quiero que seamos buenos amigos y conversemos de cosas que á los dos nos interesan.

—¿Y la segunda?

—Que has de leer, en este libro que vas á llevarte, estas páginas donde pongo este registro, en las cuales se cuenta la historia de ese D. Rodrigo á quien mentabas hace poco. En ese espejo de cuerpo entero verás un ejemplar de las prodigiosas transformaciones que merced á la Religión se verifican.

—Déme V. el libro, y buenas noches.
—Ve con Dios, y hasta otro rato.

VIII

Don Rodrigo Calderón (el de la horca).

HUBO en España, ha ya más de dos siglos, un caballero llamado D. Rodrigo Calderón. Nacido este tal de padres no ricos, aunque hidalgos, llegó por varios modos á verse en tal altura que, aunque falto de merecimientos y vida nada cristiana, alcanzó á ser primer Ministro y poderoso privado del monarca D. Felipe III, que entonces reinaba; tuvo los títulos de conde de la Oliva, marqués de Siete Iglesias, y alcanzó, en fin, tal grandeza y poderío, que él sólo disponía de todos los dineros y de todas las mercedes del reino. Ensoberbecióse D. Rodrigo hasta tal punto con tan inesperada fortuna, y soltó á sus pasiones tan larga rienda, que, atropellado por sus propios desmanes y perseguido por sus émulos, perdió en un día, con la gracia del Soberano, su poder, sus riquezas, sus honores; y encausado y preso fué conde

nado por sentencia del Rey á morir degollado en la Plaza Mayor de Madrid.

Oyó D. Rodrigo su sentencia con gran valor, y volviéndose á un crucifijo que estaba en su prisión, exclamó compungido: «¡Bendito seáis, mi Dios! Cúmplase en mí vuestra voluntad.»

Desde este momento su vida fué tan penitente y santa, que las asperezas de ayunos, cilicios y otras con que se trataba, no menos que la humildad con que adornaba todo su porte y las grandes limosnas que hacía, sólo podían compararse á la ostentación con que había vivido antes de llegar á aquel trance.

De esta manera pasó tres meses aguardando la ejecución de su sentencia, hasta que ya una noche su confesor, después de haberle encarecido los premios que Dios da á los que saben aprovecharse de lo que padecen, ofreciéndole sus trabajos en retorno de su sagrada Pasión, le anunció que de allí á dos días daría su cuello al verdugo. «Quiera Dios, Padre mío (le respondió Don Rodrigo entonces), que mis pecados no sean parte para que yo pierda tanto bien; pues

por ahora le puedo asegurar que me ha dado S. M. tanto gusto al condenarme á muerte, que, si no pareciera mal, me riera.»

Lleno el rostro de alegría y con grandísimos actos de fe, recibió al siguiente día por la mañana el Santísimo Sacramento, diciendo tiernamente: «¡Señor mío, Jesucristo! Pues hoy venís Vos á mí, consiga yo ir mañana á Vos: en vuestras manos encomiando mi espíritu...»

Pidió luego recado de escribir, y puso á su padre, que aún vivía, una carta, donde, entre otras cosas, le dijo: «Triunfó la emulación, pero con tan distinto modo del que discurrieron sus designios, que, habiendo sido su fin perderme para siempre, para siempre me ha ganado, asegurándome lo principal, que es mi salvación, según la confianza que tengo en la divina misericordia.... Se me ha confirmado la sentencia de muerte, que padeceré tan gustoso que deseo por instantes llegue el de entregar mi garganta al cuchillo, y derramar mi sangre por la voluntad de mi Señor Jesucristo, en descuento de mis pecados, pues el mismo Señor tan liberalmente derramó por mí la suya.»

En este ánimo continuó hasta su última hora. Lo único que le causaba gran vergüenza, era el considerar que daba ocasión con sus devociones para que se creyese que era más ostentación que virtud; y con este pensamiento, poco antes de salir al patíbulo quitóse los cilicios para que no se hiciesen públicos. A todos sus amigos y criados consolaba, diciéndoles: «Señores, ahora no es tiempo de llorar, pues voy á ver á Dios y á ejecutar su santísima voluntad.»

Llegado á la puerta de la casa en que había tenido su prisión, vió la mula en que había de ir, y dijo: «Jesús, ¿mula para mí? No había de ser sino un serón en que me llevasen arrastrando, y me fuesen atenuando, sacándome bocados de mis carnes.»

En el último escalón para subir en la mula, dió el Santo Cristo á su confesor; y tomando la rienda en la mano izquierda, se santiguó con la derecha, puso el pie en el estribo, y teniendo el otro el verdugo, subió á la cabalgadura tan airosamente y con tanto valor como si fuera á fiestas. Luego se compuso la túnica, y volvió á tomar el crucifijo, besándolo con grande fervor.

Llegó luego el verdugo á atarle las piernas con una liga por debajo de las cinchas de la mula, y le dijo D. Rodrigo: «No me ates, amigo: ¿piensas que me tengo de escapar? Bien sé que voy á morir.» Replicóle su confesor: «Sosiéguese V. S., que el verdugo obra lo mandado.» Á lo cual respondió Don Rodrigo: «Pues siendo así, ata amigo, ata.»

Empezó á caminar, y el pueblo, lastimado, pedía por él á gritos, diciendo: «Dios te perdone; Dios te dé valor; Dios te dé buena suerte»; y él respondía sin mirar á nadie: «Amén; Dios os lo pague, que sí hará.» Llegó su confesor á animarle, y él le respondió: «Padre mío, vamos en buena hora, que no me falta ánimo, pues le llevo grandísimo para padecer esta muerte, pues por mí la padeció más deshonrada mi Señor Jesucristo. Vamos en nombre de Dios; y pues su Divina Majestad y el Rey mi señor lo quieren, voy contentísimo á cumplir su voluntad y pagar mis pecados.» Y más adelante añadía: «Padre, esto no es ir afrentado; esto es ir siguiendo á mi Señor Jesucristo, y triunfando; pues á su Divina

Majestad le iban blasfemando y escupiendo, y á mí me van encomendando á Dios. Rueguen á Su Majestad, Padres míos, no quiera pagarme en esta vida el triunfo que padezco por el mucho gozo que siento.»

Á vista ya del cadalso, oyó á unas mujeres que decían en altas voces : «Dios vaya contigo y te perdone tus pecados»; á lo cual D. Rodrigo, sin mirar quién lo decía y alzando los ojos al cielo, respondió : «¡Dios mío! Por la sangre santísima que derramasteis por mí, que hagáis lo que os pide vuestro pueblo.»

Puesto ya de pie sobre el cadalso, y después sentado en la silla donde había de ser degollado, no desmayó un solo punto ni el valor, ni la piedad, ni la humilde contrición de D. Rodrigo. No pudiendo abrazar al verdugo por tener los brazos atados, dióle beso de paz en el carrillo. Llegó, por fin, el terrible momento, y reconciliado nuevamente con su Dios, dejó la vida en manos del verdugo, pronunciando con fervor inexplicable, pero sin miedo y hasta su último aliento, el dulcísimo nombre de Jesús.

Párate bien, ¡oh lector!, párate bien á

considerar la vida y la muerte de este hombre. De cuna humilde, sube á las grandezas del favor cortesano; embriagado con su fortuna, se olvida de Dios, busca satisfacciones á su orgullo y á su ansia de gozar, sin que pudiera hallar un momento de verdadero goce ni de paz interior. Y este mismo hombre, cuando Dios le llama á padecer la afrenta de una prisión tan larga y de un suplicio público, consigue, sólo con volver los ojos á aquella Religión de cuya observancia había vivido lejos, consigue, te digo, encontrar en la ignominia y en la muerte la paz interior, la santa alegría y la celestial esperanza que no logró mientras fué grande, poderoso y afortunado.

¿Te parece, hijo mío, que una Religión capaz de conseguir sobre un hombre tan grande y casi milagroso triunfo no es, cuando menos, una cosa que merece ser bien conocida y estudiada? Ven, pues, dócilmente conmigo, y oye sin prevención alguna las breves máximas de verdad y de virtud que me propongo enseñarte. Dios sea contigo y conmigo en esta obra de bendición.

IX

Todo eso será verdadero. Pero lo cierto es que, ni el médico de mi pueblo, ni el boticario, ni el herrador, ni otros sabios de ese jaez, creen en la Religión.

No lo dudo. Y á otros médicos, boticarios y herradores les sucede lo propio. ¿Pero qué quieres te diga? Son médicos que serán capaces de resucitar á los muertos ó de matar á los vivos; boticarios que sabrán mucho de drogas ó que quizá envenenen á los enfermos; herradores que hasta por el rebuzno sabrán lo que les duele á los burros; pero créeme que, en esto de Religión, unos y otros no saben más que dar coces. Si tú te metieses ahora de repente á médico, á boticario y á herrador, ¿qué harías? Pues poblar los cementerios, y asesinar bípedos y cuadrúpedos. ¿Por qué? Porque jamás las has visto más gordas. Pues he ahí exactamente lo que le pasa á esos señores de tu pueblo. La echan de sabios y de teólogos, y yo te apuesto á que no saben el catecismo, ni más teología que la aprendida en el café ó en la taberna, ó en papeles inmundos que saben tanta teología como sus lectores.

No te negaré yo el hecho. Hay muchos que dicen que no creen, y en esto de religión se parecen á los perros ó á los caballos, que tampoco creen y no son sabios. Pero, mira, ni esos sabios son tantos como se dice, ni son sabios precisamente porque no creen, antes en eso son muy necios: ni son sabios en Religión; lo serán quizá en otros ramos de sabiduría humana; mas en punto á Religión, de ordinario no saben sino patochadas y vulgaridades.

Otros ni saben si creen ó no creen, porque jamás se han parado á pensar en esas cosas, indignas, según ellos, de hombres serios; como si no fuera serio averiguar si son personas con alma inmortal ó bípedos sin plumas y sin alma.

Otros se empeñan en decir que no creen, porque quieren no ponerse tan en evidencia y en contradicción consigo mismos teniendo obras de turcos y fe de cristianos, y prefieren para ser consecuentes decir que en todo son turcos. Otros, y son los más, se empeñan en no creer porque, ¿cómo vivir en paz y matar el gusanillo de la conciencia creyendo á pie firme que hay en el

cielo un Dios que está viendo desde arriba sus infamias y sus crímenes, y debajo de sus pies un infierno perdurable que les espera para darles su merecido? No: lo mejor y lo más expedito es suprimirlo todo, y ancha Castilla. Pues qué, ¿los ladrones y los asesinos no suprimirían, si pudiesen, la Guardia civil? Pues serían unos tontos.

—Mire V., sin ser yo nada sabio, muchas veces he dicho para mi coletito: ¡Aquí hay intrínquilis! Aquel médico de mi pueblo que nos predicaba en el club que no había infierno, ni Dios, ni alma, mire usted, era luego una pieza que hasta allá... Mucho de igualdad y fraternidad, y daba dinero á los pobres á real el duro al mes....; muchas *filantropías*, y fué concejal dos años, y salió rico.... Si lo es tres, no quedan ni clavos en el Ayuntamiento.... Mucho ¡viva la libertad! y, en efecto, él tenía unos líos con una buena moza del pueblo, que ni el demonio los entendía. Hasta andaba en escalamientos y todo. Entretanto su pobrecita mujer, que era una santa, se murió, abandonada por él, de hambre y de disgusto. Pues si viera V. qué soflamas nos echaba

en contra de los neos, los curas.... y todo eso que V. tanto pondera. Sobre todo cuando hablaba contra el infierno y la confesión, se ponía elocuente y fuera de sí.

—Claro, por la cuenta que le tenía. Porque, figúrate tú: si hay infierno, ¿qué será de él si no se convierte, y qué si se le ocurre ir á confesar? Le harán que arregle, antes de perdonarlo, las trabacuentas de marras en el Ayuntamiento.

Le quiero explicar todo esto más despacio, porque es cosa muy importante. Para creer en la Religión no son bastante todos los talentos y todas las sabidurías del mundo, sino que se necesita, además, haber recibido de Dios la humildad de espíritu y la rectitud de corazón indispensables para tener fe.

Y cabalmente esta humildad de espíritu y esta rectitud de corazón suelen ser lo primero que falta á los pocos sabios que hay sin religión. De ellos, hay unos que, enteramente entregados á su pasión de saber, no solamente ignoran la Religión, sino que ni siquiera piensan en que tal Religión existe; y mientras se pasan toda su vida miran-

do á las estrellas, examinando las hierbas de los campos ó inventando máquinas, no dedican un rato siquiera á pensar que tienen un alma, ni se acuerdan para nada del Dios bueno y omnipotente que ha criado aquellas estrellas, que hace crecer aquellas hierbas en los campos, y que les dió el entendimiento que les sirve para inventar aquellas máquinas.

Esta clase de sabios, embebidos en sus estudios, se avergonzarían, si cayeran en la cuenta, al ver que de las cosas más importantes á un hombre saben menos que un niño de la escuela que aprenda bien el Catecismo. Así es que cuando alguna vez, por casualidad, hablan de Religión, dicen disparates tan gordos como diría un patán hablando de Medicina.

Hace algunos años que refirió la prensa un hecho que á propósito he de contarte.

No sé qué altísimo personaje (perdóname la memoria de M. Thiers si indebidamente asocio á su nombre este recuerdo) tuvo que ir á cierta solemnidad religiosa en la capital de la República francesa, creo que á la iglesia de la Magdalena; y como iba con

carácter oficial, salió á recibirle una comisión del clero; y al ofrecérsele el hisopo con el agua bendita para que, humedeciendo con ella los dedos, pudiera persignarse, ¿qué dirás que hizo nuestro hombre, es decir, el hombre de los republicanos franceses? Pues, ignorando el objeto con que le presentaban el hisopo, lo cogió, y entróse con él iglesia adentro; y no sabiendo qué hacer con aquel instrumento que le estorbaba, parece que se lo dió á otro *sabio* personaje, que se lo metió debajo de la levita; y conociendo á su vez que el sastre no la había hecho para cubrir aquel trozo de metal, dió á otro patriota el hisopo, que así corrió entre los asientos de los invitados de mano en mano, hasta que, recibido por el último dignatario, tuvo éste á bien dar por terminado aquel ridículo zarrandeo entre las salapadas risitas de algunos, poniendo aquel instrumento acusador de la ignorancia de todos ellos en el suelo, debajo de su asiento.

Otros hay, ya en mayor número, que no son tan ignorantes en punto á Religión, pero que, rebosando de orgullo, quieren tratar con Dios de igual á igual, y tienen á

menos creer los misterios de nuestra fe porque *no los entienden*. Ellos dicen que no quieren admitir lo que su razón no puede penetrar : como si la razón del hombre penetrase siempre todo lo que admite por verdadero ; como si no creyéramos todos, y no creyeran ellos mismos muchas y muchas cosas que ni entienden ni podrán nunca entender. Que explique un sabio *cómo* sucede que, de una cosa tan pequeña como es una bellota, sale un árbol tan grande como es una encina ; que digan *cómo* la clara y la yema de un huevo llegan á convertirse en la carne, los huesos y las plumas del ave que sale de él después de empollado. Ellos no pueden menos de creer, y lo creen, que de la bellota se forma la encina, y del huevo el ave ; pero en cuanto á entender *cómo* sucede, no lo entienden.

Pues del propio modo, aunque no entienden los misterios de la Religión, debía bastarles ver las grandes verdades que en ellos se encierran y los grandes bienes que producen en el mundo, para creerlos sin más averiguación. Pero, no señor, les parece más bonito desmentir al mismo Dios que

se los ha enseñado ; y, rebeldes contra Jesucristo, no ven que su mismo orgullo les quita el entendimiento en este mundo, y los priva de la eterna luz del otro.

Estos tales son los que dicen que la Religión es cosa buena allá para la gentecilla de poco más ó menos , pero que para ellos, sabios profundos y hombres de gran calibre, está de más el emplearse en esas niñerías.... ¡Niñerías le llaman á saber si hay un Dios todo poderoso, si tenemos un alma inmortal, que le ha de dar cuenta de lo que hemos pensado, hablado y obrado en esta vida ! ¡Si hemos de ser premiados por nuestras buenas obras y castigados por las malas ! ¡Si el hijo de Dios derramó su sangre por redimirnos y salvarnos ! ¡Si su gracia soberana nos ayuda con amor á sobrellevar las miserias de esta vida y á ganar el cielo prometido!.... Á esto le llaman niñerías esos que á sí mismos se llaman sabios. ¿Qué te parece á ti de esta sabiduría?

¿Sabes lo que casi siempre pasa con estos tales sabios, y en lo que consiste su orgullo presuntuoso y necio ? Pues es en que, por lo general, tienen vicios y hacen cosas

que la Religión condena y castiga, y ellos no quieren confesar esta Religión que reforma sus malas inclinaciones, que los acusa por sus vicios y que los amenaza con penas sin término. Esta es la verdad, amigo mío, y atente á la experiencia : verás como yo no te engaño.

En la hora de la muerte ningún católico se hace impío, y muchísimos impíos se hacen católicos. ¿Por qué? Te lo diré otro día.

—Por mi parte no hay inconveniente en que hable V. ahora mismo de esos caballeros.

—¿Sí? Pues allá va.

X

Cómo murió Voltaire.

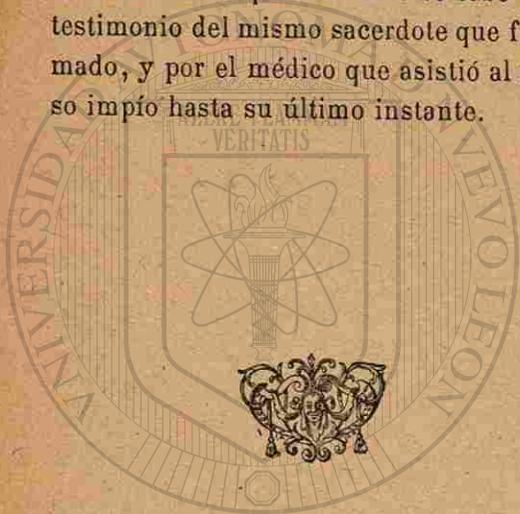
DIFÍCIL es que no hayas oído hablar del francés *Voltaire* (en castellano se pronuncia Volter). Este fué un hombre de gran talento y de saber no escaso, que se hizo muy famoso en el siglo pasado por sus burlas y blasfemias contra la Religión cristiana : todo lo que sabía, todo su talento, toda su vida la consagró á escandalizar y escarnecer

á los cristianos, que no parecía sino que el mismo demonio obraba en su persona.

Pues bien : este hombre, tan célebre por su odio y su desprecio de la Religión, habiendo caído enfermo en París, y creyendo llegada su última hora, pidió de prisa y corriendo á un sacerdote que lo confesase. Pasóle aquel ataque, y juntamente con el temor á la muerte olvidóse del Dios á quien había invocado. Pero el ataque le repitió al mes, y vuelta nuestro hombre á pedir los auxilios de la Religión; sólo que ya esta vez los amigos que le rodeaban y que habían celebrado grandemente sus impiedades, se compusieron de modo que no dejaron penetrar en la alcoba del enfermo al sacerdote. ¡Ya se ve! Para aquellos señores que habían encomiado tanto las bufonías blasfemas de su maestro, y que, en la ocasión más crítica de probar su desprecio de la Religión, le veían reclamar sus auxilios, era asunto de vanidad y grande interés el que no se dijera de ellos que habían estado toda su vida aplaudiendo infamias de que se retractaba el mismo que se las había hecho aplaudir. Por eso impidieron la en-

trada al sacerdote, y lograron que el desdichado enfermo muriese maldiciendo de ellos y en una desesperación espantosa.

Te advierto que todo esto se sabe por el testimonio del mismo sacerdote que fué llamado, y por el médico que asistió al famoso impío hasta su último instante.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

APOSTOLADO DE LA PRENSA

* El objeto de esta publicación es el de propagar, entre las clases obreras sobre todo, buenas lecturas, encaminadas principalmente á contrarrestar la propaganda incesante de la prensa impía.

La Junta de Gobierno escogerá, después de maduro examen, los impresos que se han de divulgar, acomodados siempre por su solidez, sencillez y gracia á las necesidades morales y gusto del pueblo, y pondrá sumo empeño en elegir personas que discreta y útilmente los repartan, de modo que sean leídos y dé su lectura el deseado fruto. Aquellas personas que, ó por su vocación, ó por su celo, están en contacto con los pobres é ignorantes, merecerán para este oficio la preferencia.

VAN PUBLICADOS

- EL PORQUÉ DE LA RELIGION. — (3.^a ed.)
MAS SOBRE LA RELIGION. — (3.^a ed.)
SI ES VERDAD QUE EXISTE DIOS. — (2.^a ed.)
¿QUE ES ESO DE LA CONFESION? — (2.^a ed.)
BURGUESES Y PROLETARIOS. — (2.^a ed.)
PAN Y CATECISMO. — (2.^a ed.)
EL TERCERO, SANTIFICAR LAS FIESTAS.
¿QUIEN HA VUELTO DEL OTRO MUNDO?
¿PARA QUE SIRVEN LOS CURAS?
CATOLICOS Y MASONES.
GUERRA A LA BLASFEMIA.
CREO EN JESUCRISTO.

Cada obra forma un tomo en 8.^o mayor de 64 páginas, ilustrado con grabados.

Para los pedidos y suscripciones de esta obra de propaganda, dirigirse á la Librería Religiosa de Guillermo Heredia y Compañía, San José el Real, núm. 3, Méjico.